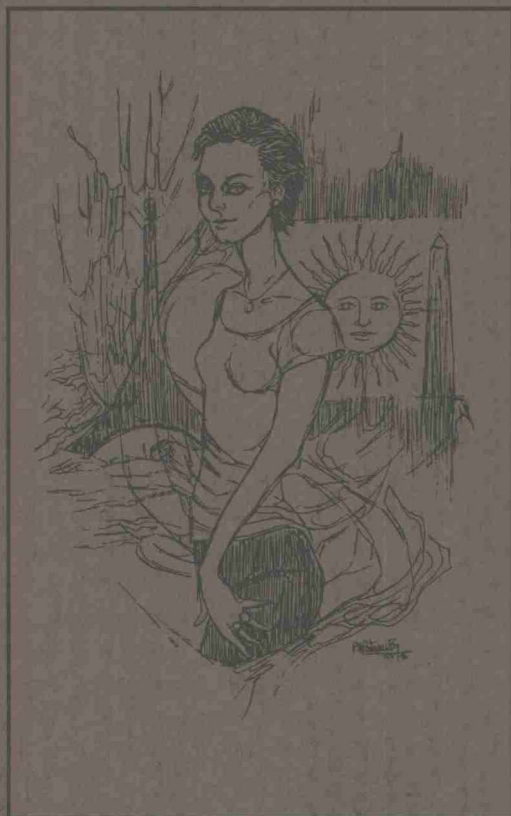


Galería de retratos



MIGUEL AGUAYO, S.J.



Galería de retratos

Galería de retratos



MIGUEL AGUAYO, S.J.

Galería de retratos

Postales. Volver a Venecia

Dibujos:
Pablo Humberto Posada V., S.J.

© D.R. 1996. Instituto Tecnológico y de Estudios
Superiores de Occidente (ITESO).
Oficina de Extensión Universitaria
Periférico Sur 8585
Tlaquepaque, Jalisco, México, C.P. 45090.
Impreso y hecho en México.
Printed and made in Mexico.

ISBN 968-6101-63-2

Índice

•
7

Presentación

•
11

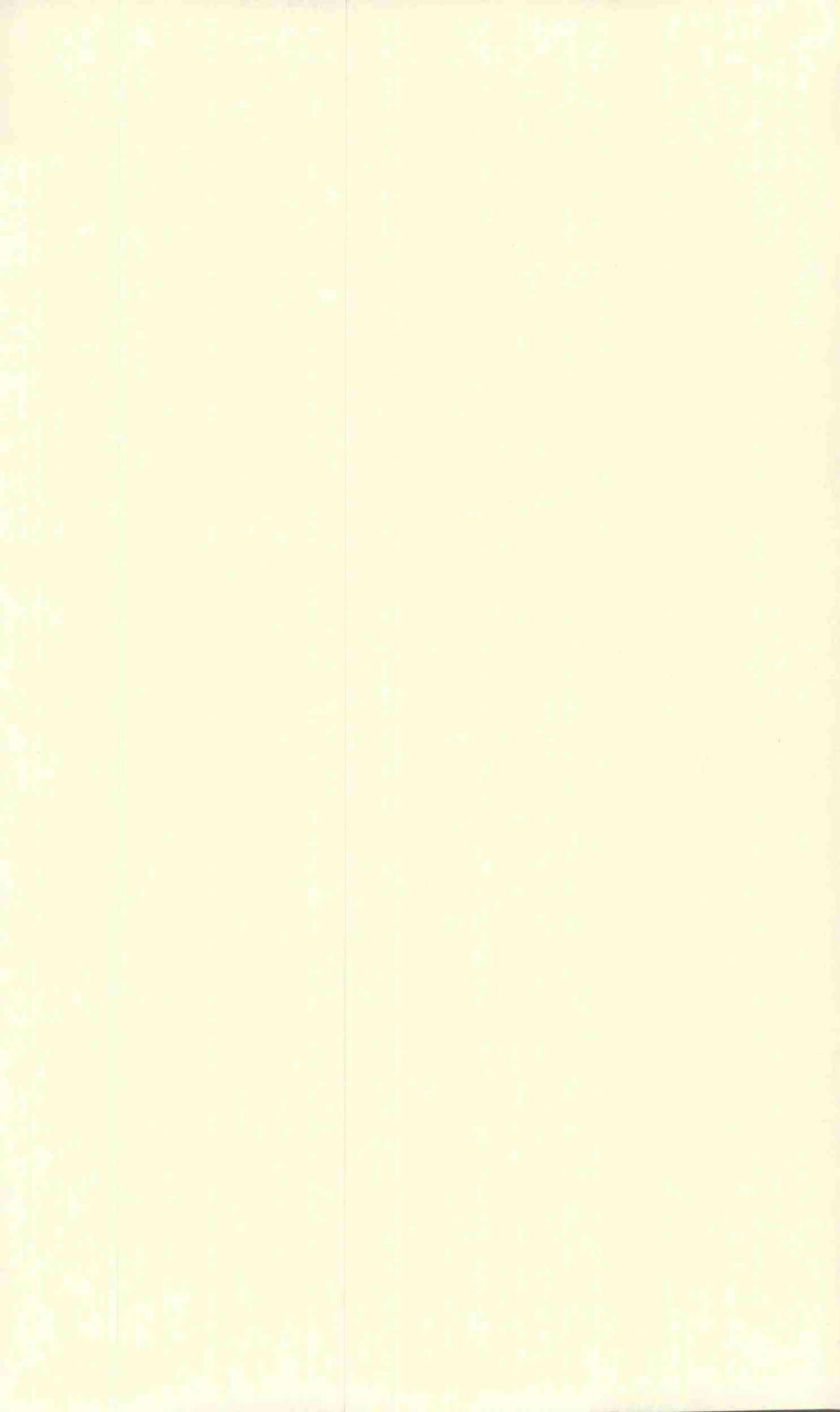
Galería de retratos

- 13 *El estudiante*
- 18 *Muchachos en la piazza duomo*
- 21 *El snob*
- 24 *Retrato de pasaporte*
- 27 *Boceto para un retrato de Judas*
- 29 *La maestra*
- 33 *Retrato para credencial*
- 35 *Dedicatoria imposible para un retrato*
- 39 *El poeta*

•
47

Postales

Volver a Venecia



.....

Presentación

El vínculo con la obra de arte permite que el receptor la haga suya por la respuesta emocionada que aquella le arrebató, las más de las veces por los senderos de la identificación, no necesariamente accesibles.

Eso me sucedió con el "galope en la llanura de elástico verso" de Miguel Aguayo, revelador de cimas y de abismos; manifestativo del ser humano y su paradoja, de misterios y verdades tangibles –"urgentes, sangrantes, terríficas verdades"– de profunda relación con el Absoluto, invocado (evocado) por el poeta como Amor, y con la realidad que, al referírsele, participa de Él de manera multiforme.

He vivido el privilegio de ser testigo de un proceso creador alimentado por el dolor y por el gozo, transitado en soledad, en el que las palabras –¡verdes, doradas, malva!–, las imágenes –"como una catedral de melodías"–, las metáforas –"arrancar esta maleza que me ahoga la voz"– y la musicalidad de los versos –"en vilo de sed, de mudo asombro"– armonizan con el sentimiento y el anhelo, con la esperanza y el desengaño, con la exigencia y la súplica: "que florezca tu luz..."

Un silencio que se alargaba casi inexplicablemente se rompe ahora con la invitación que Aguayo suscribe para que ingresemos a su *galería de retratos* (en la que también hay postales), amorosamente confeccionados.

Los personajes que presenta nos muestran al autor mismo con certeras pinceladas de humor y de nostalgia, de amor y desamor, de inmanencia y trascendencia entrelazadas, de dolor y júbilo. En otras palabras: de aquello que le permite al poeta expresarse él mismo con la vitalidad y dignidad de la creatura, desde su experiencia irrepetible, con la esperanza que libera, sin la frustración que subyuga.

En *Galería de retratos* se exhibe un conjunto de personajes que convivieron con Aguayo. Conozco a varios y doy fe de que fueron descubiertos (y presentados) como son, aunque probablemente no como querrían aparecer.

El presente libro se hermana con varios más del mismo autor: *Cantares de sed*, *La soledad luminosa* y *Los signos del silencio*, de poesía; *Cuentos y Juego de espejos*, de cuentos breves, y *Trigo verde*, novela. En todos ellos demuestra un "excepcional temperamento artístico", según lo juzgó Alfonso Junco. También lo felicitaron con reconocimiento indiscutible otras voces: José María Pemán, Emma Godoy, Rubén Marín, Alberto Valenzuela, Enriqueta González Padilla, Francisco Zendejas, Rubén Salazar Mallén, Gloria Riestra y Jesús Reyes Ferreira, entre otros.

En su autorretrato, empero, "el poeta" nos confiesa con humildad que "se acabaron hace tiempo los sonetos, las liras y los lindos periodos de los endecasílabos bien cortados". Su estilo —lo reconoce abiertamente— "ha cambiado". En *Galería de retratos* descubrimos, en efecto, "en las palabras —las hermosas palabras— un cansancio, una sombra, una lejana ansiedad, como sonámbula". Han quedado en el presente del pasado "la extraordinaria frescura, la belleza desmañada, el talento de esta joven promesa literaria..." —como presentara la crítica de antaño.

Hace aproximadamente siete lustros –aunque debemos recordar que el tiempo es relativo– inicié una profunda relación (emoción) con la obra literaria de Miguel Aguayo, amigo entrañable desde 1961, año en el que coincidimos por primera vez en Puente Grande, espacio fulgente abierto al cielo de Jalisco.

Con el correr de los años mi apreciación de la obra aludida y la amistad con su autor –"¡Qué sencilla, qué honda esta elegancia de amistad de varones: cómo evita dobleces, o malicias, o impudores!"– son, indudablemente, más hondas.

¿Explicar al amigo y su obra? Sería un atentado. Me alegra sin embargo presentar este libro, editado por el ITESO, con agradecimiento profundo y fraternal.

Pablo Humberto Posada Velázquez, S.J.



....

Galería de retratos



.....

El estudiante

—Mañana. Quizá mañana—, dice.

Vuelve a estudiar, atento, el calendario
pensando seriamente
que el impresor, sin duda, ha equivocado
la cantidad de días que han pasado.

—Porque veamos:

De Septiembre hasta Marzo resultan imposibles
los poquísimos números
con tal desfachatez multiplicados...

(El calendario
marca en rojos y negros solos números
sin estrellas, ni tonos, ni azorados
encuentros. Lo imprevisto
no alcanza entre las hojas sitio exacto;
y hay veces, por ejemplo, en que coinciden
primavera y otoño en el verano...)

—Que no; no puede ser. O tal vez
lo único que pasa —aunque resulte
más allá de mis fuerzas admitirlo—

es que (lo confieso en secreto) me resisto
a tu olvido...

Debajo de la cama busca algo. Lo encuentra,
lo levanta,
y observa el sospechoso
adelgazamiento en la suela de un zapato.

—Total, si llueve... Vamos a ver. Mejor me pongo...
¿A dónde aventaría
mi otra bota de caucho?

Todo en paz en su cuarto.

Escritorio revuelto. Algunas cartas
que aún no ha contestado,
y que curiosamente
le preguntan
casi todas lo mismo: cómo ha estado,
si el estudio va bien, si aún recuerda,
si recibió aquel cheque, si no se ha enamorado.

Otra mirada —y otra— al calendario.

—Estamos a veintiuno. Me quedan doce francos;
y yo debo... Ya ni me acuerdo cuánto.
Ni manera; no hay otra: se acabaron
los dulces, los cigarros, y de paso,
la visita cada día al nauseabundo
restaurante universitario.

Ochenta, más seiscientos veinticinco,
veamos... Tendré que conseguir, y no sé cómo,

.....

cuando menos, cuarenta.
Y lo que falta restarlo de... ¡Me lleva!
Pareciera que mil pesos y medio
hacen un franco...

En el librero
Baudelaire con Sartre y Vassarely
se codean
con el Larousse y el Derecho Romano;
Santo Tomás de Aquino, Proust y Joyce;
librillos James Bond, Agatha Christie;
cinco o siete
impresionantes volúmenes del Derecho Penal
bien empastados;
Tagore, Juan Ramón, Miguel Hernández
y San Juan de la Cruz, en vecindario
del assimil francés, y un diccionario
en desgracia,
 senil,
 despanzurrado.

Ajeno a todo eso, perezoso y hermoso
está *Renoir*, el gato
cerrado el par de ojos verdiaúreos,
el bigote y la cola estremeciéndose
de cuando en vez, como anunciando
que se despertará en cualquier instante.

El joven lo contempla largamente.

—Ahí nos vemos, *Renoir*, te portas bien.

Y luego:

—Maldito calendario... —dice, suave.

Sacude el impermeable. Se lo pone.
Una peinada leve. El espejo impasible
le devuelve un simpático guiño.
Y el muchacho
vuelve a pensar que resulta una vergüenza
que a nadie se le ocurra
colocar por detrás de los espejos
alguna grabación magnetofónica
con una frase de saludo, siquiera.

—¿Algo más?

Olvidaba aquel cuaderno. La bufanda,
el paraguas. ("En estas épocas,
de buenas a primeras
se desata un proyecto de diluvio").
Los boletos del Metro. Tres o cuatro.
Los últimos.
Apaga el pequeño transistor, en donde Mozart
—o quizá sea Lully, quién va a jurarlo—
se empeñaba en difícil contradanza.
Ya para salir, se vuelve. Y mira cómo,
qué solo queda el cuarto.

—Pero no. A solas, no; se queda el gato.
(Y esta esperanza, como *Renoir*, en duermevela
paciente...) Alguna vez, quizá pronto,
escribirás— murmura el estudiante.

.....

Desciende la escalera.
Sonríe –triste– y sale
sin raíces,
sin sueños,
a la calle...

.....

Muchachos en la piazza duomo

Vedlos aquí. Sonrientes se reúnen,
giran un poco, se miran, parlotean,
se enlazan con ternura desmañada,
y llevados entre las dunas múltiples del aire,
dulcemente, más tarde, se separan.

Milán en primavera. La muchachada
florece de ternura. (Nadie creería
que está viviendo sólo una metáfora).

Solo. Entre la multitud que pasa,
yo estoy solo.

Sin embargo –sonríó–
todavía soy capaz de un gesto banal:
miro la hora
como si me importara.
Y al punto, absurdamente, otra certeza
me asalta:
que de mi juventud ando tan lejos
como de mi patria.

Miro la Catedral.

"¡Ese pichón tan necio,
empeñado en posarse
sólo en la aguja más alta...!"

(Fuiste Tú quien me lo dijo
en lágrima y en nostalgia: "En el camino a Mi Casa,
esa sea la más perfecta
metáfora de tu alma.")



.....

.....

El snob

*A Bertrand de Chasteigner,
que me enseñó cómo amar a
París, a pesar de los parisinos.*

—Quizá el *blazer* azul con monograma,
y el pantalón gris de franela.
Corbata Pierre Cardin, listada, seria,
o bien... Este. Aunque es sabido
que las cosas que él diseña —así de mal el mundo—
hoy en día las vende cualquier tienda.

El petimetre, mirándose a los ojos,
delante del espejo se concentra.

-Et voilà le problème!

Todos los días lo mismo. Decisiones
que nunca son pequeñas:
Desayuno en *Fouquet's* a las diez y media;
después, con atención, mirar la agenda
para saber en dónde irá a comer,
con quién y cómo. (Si es en la *Banlieue*,
desde luego

no se puede vestir con el atuendo
que llevaría a "*L'orgue*", por ejemplo...)

Un poco de loción. La acostumbrada,
de Yves Saint-Laurent. Los guantes, el pañuelo,
la cartera de piel... Y al recoger
el llavín —oro viejo— de su auto,
se detiene un momento y reflexiona:

—Deberé consultar con mi florista
el tono de las rosas que he de enviarle
al pobre Jacques Viraut... ¡Ese accidente,
así de aparatoso y de mal gusto!
¿En qué cabeza cabe
estrellarse en Renault, y en pleno Junio,
si aún la temporada no comienza...?
No es lo mismo matarse, digo yo, en un Jaguar,
o en un Mercedes-Benz descapotable,
o hasta en un Masseratti, y en ruta a Montecarlo
o a Dauville... Yo, si a Dauville me dirijo,
ciertamente
no es por los caballos,
sino por saludar a los Condes de Vibraye,
o a los Deschamps,
o a inquirir cómo van los matrimonios
de mis buenos amigos Polignac.
¿Cuándo, si no entonces,
vestir mi traje Eton, Chez-Bohan...?

(Tintinean varios frascos, cuando escoge
uno verde esmeralda,
y un pequeñito aroma de lavanda
lleva un mentís de bosque a la recámara)

.....

—Recuerdo ahora, no sé por qué razón,
al mexicano aquel que me decía
no entender para nada esta "banalidad" de vida.
¡Ah, no! El estaba equivocado. Yo sí tengo
pensamientos profundos,
si bien... De vez en cuando.
Pero sí, sí los tengo. Hay algo
que me inquieta
radical, profundamente. Por ejemplo,
esa cuestión de... Esa cuestión de la muerte.
¡Ah, la muerte...!

Sin advertirlo, acaricia fugazmente
lo suave de sus guantes de gamuza.
Abre entonces la puerta; se detiene.
Una duda,
tenaz por un instante,
el rostro le ensombrece.

—La muerte, esa arribista... Ah, *esa* muerte.
La mía, naturalmente,
me trae tantas preguntas... Porque vamos a ver
si no es problema
no saber qué es más propio:
si ordenar que revistan mi cadáver
con un severo hábito en *velours-à-soie*,
o bien
que me pongan algún Dior; o quizá, en un alarde
postrero de suprema sencillez,
algo blanco... ¿Algo blanco y discreto,
de Courrèges...?

.....

Retrato de pasaporte

Para Rosa María

La casa familiar está dormida.

Allá abajo, en la sala, hasta la luz reposa
-fatigada- en los prismas de la lámpara.
Dos ángeles traviesos, sorprendidos
-desde el siglo dieciocho-
al tratar de fugarse de sus cuadros,
parecen meditar la escapatoria
por sus marcos dorados.

La gran mesa de laca arquea las patas
de gato perezoso, y se adormece;
el comedor, con su reloj florido
que para no marcar el tiempo de mañana
su par de manecillas ha perdido;
se duerme el tocador. También la luna
-oscurecida, muda-
que ya no copiará los candorosos
intentos de belleza más adulta:
ya no te observará, desde mañana.

Van a quedarse ciegos los caminos
por donde, grácil, dejaste tus pisadas.
Todo en suspenso. Todo.

En la estancia
va a añorar otro espejo tu presencia.

Muchachita, viajera:
¡Qué diecisiete años de impaciencia ...!

Mas el silencio miente. Se diría
que todo espera así, como si nada,
el día siguiente. Pero no; no es verdad;
no todo duerme.

En la recámara
alguien llora en silencio, largamente.
¡Si se sabrá llorar en esta casa,
el nido hasta hoy completo, amenazado
por un tránsito cierto, inevitable,
desde el día de mañana...!

Una canción de cuna ya olvidada
vaga entonces escaleras arriba.
(Una nena. Una rosa, soñada junto al mar,
está dormida).

No entendimos entonces
que una onda tras otra ya anunciaba
la lección de la vida, en su cadencia.

Muchachita, viajera:
¡Qué diecisiete años de impaciencia...!

Puñadito de amor, mi rosa niña,
no nos dejes así...

(¡Ay quién pudiera
diseñarte la vida, o conjurar el tiempo
y la distancia;
prenderte al corazón; trazar caminos
que no te fueran nunca pesarosos;
destrenzar acechanzas, llenar fosos,
dejarte solamente
en lo más cristalino del asombro!)

Mas llega un día, un día... Un día
en que el viento urgente desata las amarras,
grita ansioso;
estremece la vida, y nos empuja
un ímpetu de vuelo que no cesa.

Llega entonces el furor de volar;
hay ese espacio inmenso
y ese probar de alas nuevas que no espera.

Muchachita, viajera:
¡Qué diecisiete años de impaciencia...!

.....

Boceto para un retrato de Judas

Que no era torvo el ojo. Ni la mano
traidora descompuso
jamás el ademán.

Sí en la mirada
aquel trasfondo terco y desolado.

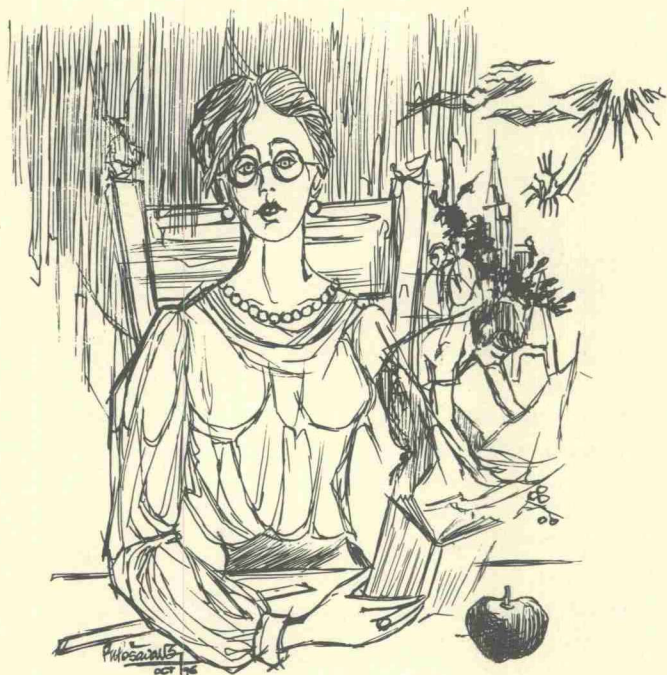
Movíase sin prisas; con cautela.
Despreciaba –porque él no la tenía–
todo aquello que fuese dicha ajena.

Sabía esperar. Modoso,
circunspecto,
actor para sí mismo, nunca supo
qué parte era la suya, ni la trama
completa de la obra. Y sin embargo
alteraba sus líneas,
las inflaba,
para que cuando se corriera
la cortina final, su propio eco
sonara confundido en el equívoco
estruendo del aplauso.

Reptil que astutamente hubiese echado patas,
hacía de la mentira
su quinto as de espadas.

... Y acechaba.

.....



.....

.....

La maestra

Para Eduardo

—...Es que ya no sé que hacer, señorita Directora;
lo confieso. Mire usted: lo que pasa
es que tengo en mi clase
un niño que no es niño, sino viento.
Que llega y agita mis ramajes
y les prende melodías de aves en incendio;
me revuelve el pensamiento
y cuando menos acuerdo
convengo con él en que mis silogismos
son juguetes sin cuerda,
o muñecos que de noche
brincan y juegan a la rueda de San Miguel...

Llega a clases con aquel huracán de azules sueños
que nos ponen de pie, y nos avientan
a la orilla de playas embrujadas
de su absoluta propiedad;
Mi clase la termino
sólo Dios sabe cómo, y mis últimos
razonamientos lógicos
los echa él en su mochila

como

piezas
absurdas

de un
rompecabezas

incon-
cluso.

Juntando fuerzas, yo lo riño. Y entonces
sus ojillos se le apagan como
la flama de una vela,
y al instante, adivino que todos los paisajes
recogen su color y su sorpresa;
y yo siento, muy dentro, que todos los relojes
se paran a la vez,
y comienzan a oxidarse de tristeza.

Así es que —con algo parecido a la derrota—
lo miro dulcemente.

Entonces, ríe.

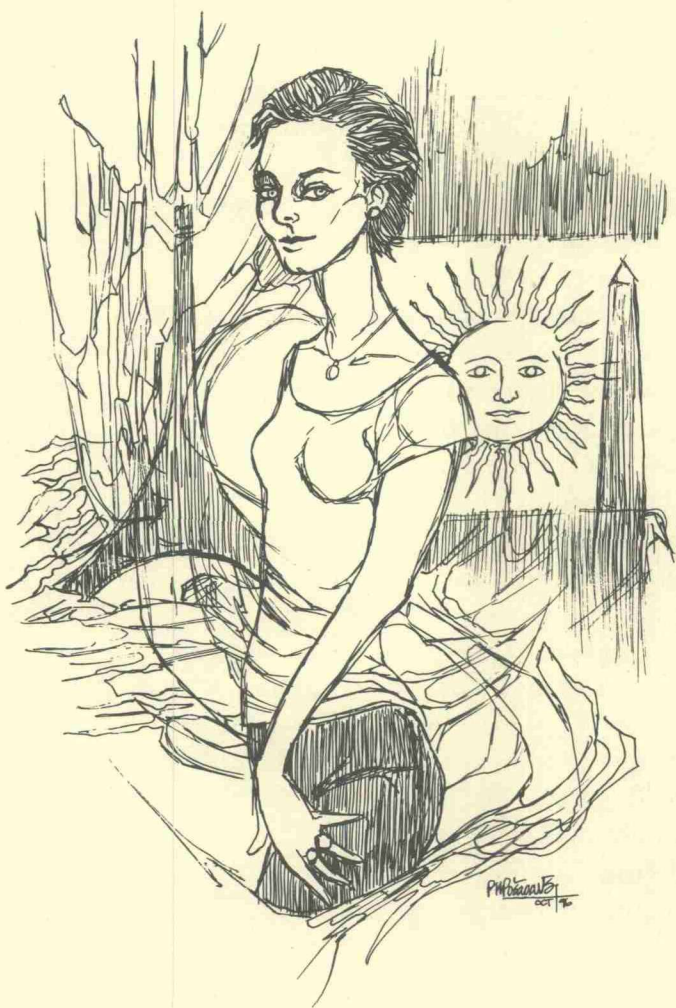
Ríe... Y de su risa brotan surtidores
de aguas frescas
en todos los colores del iris...

No sé; no sé. Yo no lo puedo gobernar,
señorita Directora, como gobierno
un ocaso tras otro, o como ordeno
los días y los actos de los guerreros históricos,
sólo sé que, ya de noche,
él organiza en mis sueños
bailes públicos
en donde Ruy Díaz de Vivar danza incansable

con la Flora de Boticelli, mientras
el *Joven del Guante*
pierde su equilibrio melancólico
bajo la mesa en la pachanga de bodas
de un Brueghel descarado y dipsómano...

Le digo que no puedo; que no puedo con él.
Comprenda
que la pedagogía que yo estudié
no tenía en ningún rincón alguna cláusula
de la cual pueda servirme
para remitir al orden tal desbarajuste;
sólo sé que, si lo expulso, toda el aula
va a declararse en huelga de imaginaciones caídas,
y el proscrito
va a secarse poco a poco igual que una uva
que alguien olvidara en la vendimia,
y el vino de los días
habrá perdido para siempre, no sé como,
un mucho de su luz y de su aroma...

Pero si usted lo ordena, lo expulsamos.
Porque, señorita Directora,
un niño así, inútil, soñador...
Un niño, al fin,
¿a quién le importa...?



.....

Retrato para credencial

Ella se llama Liana. Veintidós esbeltos años.
Viene a París cuando Courrèges
("—¡Adorable! ¿Sabés?") presenta sus colecciones
de invierno y de verano;
ocupa su *pisito* en Faubourg Saint-Honoré;
compra cualquier chuchería
en Arpel's y en Cartier;
dos o tres perfumes en la Plaza Vendôme,
y de noche se reúne con nosotros sus amigos
en esta London Tavern de la Rue Sabot
para jurar y perjurar
que no hay otro remedio

—se interrumpe para decir que le han
fatigado un poco las largas horas de avión; se queja
del servicio deficiente y del escándalo
que le ha proporcionado la azafata negra
("—Imaginá qué macana: no ha sabido indicarme
el vino que le iría bien al asado—")
e inmediatamente
sin poner punto ni coma
dice que el arbitrario
reparto de la riqueza

demanda de los jóvenes contestar
violencia con violencia.

Y en el francés delicioso
que le enseñaron las monjas del colegio
allá en su patria, sigue hablando horrores
de los burgueses de la nueva hornada,
y de los sátrapas
de la pretendida aristocracia
que en su país habrá que exterminar
como a los perros rabiosos.

Cimbreña y linda es Liana.

Y de cuidado...

Hay que anotarlo:
ella es revolucionaria
de hueso colorado.

.....

Dedicatoria imposible para un retrato

A Pablo Humberto

Mira, amigo, es de noche. Las palabras
gastan velos oscuros.
Van, trepadoras,
por la senda nocturna, emocionadas.

Nadador de tinieblas, sumergido
en la líquida sombra,
ahíto de amarguras, a tu orilla
me arrimo.

Ven aquí a la ribera
de este mi sueño duro, enrarecido,
en donde lentamente,
como una rosa que se diseña a pausas,
adivino las cosas inefables.
Ven. Ven conmigo; te convido
a este orbe que inaugura mi voz.
Ven: conjuremos con mi magia el día.

Porque estoy, ya lo ves, empecinado,
labrando con palabras imprecisas
la celda de un relámpago inasible.

Tú conoces, amigo; tú comprendes
qué cansadas las manos; qué desnudas
de dolo van, heridas...
Negación, y sollozo, y esperanza.
Este fruto de asombro, sí, se llama vida.

¡Qué sencilla, qué honda esta elegancia
de amistad de varones; cómo evita
doblecés, o malicias, o impudores!
"Sólo el silencio es sabio", alguien dijo.
Quizá por eso
ha sido siempre en el silencio
donde yo más te encuentro y significo.

Porque tú eres, amigo,
en el cristal de una gota de lluvia,
en la apacible rectitud del pino
y en las ramas del viento
—que se desliza en búsqueda, sin ruido—
la respuesta
a todo este oleaje mío
de preguntas inútiles.

Y en las sombras sonoras
de las cosas no dichas, avanzamos;
y atadas a los pasos nos persiguen, dormidas,
en un soñar lejano
—inconscientes, confusas—,
las voces que hasta ahora rescatamos.

Amigo: nunca te dije "gracias"
cuando tú me arrancabas la melancolía

cual se arranca una espina, despacito,
para no herir la carne. Y lo hacías,
solamente,
con tu grave manera de escucharme.

Nunca te dije "gracias". Y exigía
una respuesta nueva y una mano más fuerte;
un seguirme despierto
por los montes azules,
cuando en mí florecía
un deseo distinto, y otra voz, y otro sueño
más preciso y cercano; una nueva sonrisa
y una senda más ancha. Y me engañaba.

Mas tu voz era siempre demasiado constante;
era un eco
demasiado cercano para ser conocido;
no entendía
que sin tu mano amiga
no era yo sino un hueco,
la mitad de una piedra, medio pájaro y agua;
sólo yo, un canto solo, una sola presencia,
y un foso de recuerdos
y mis manos vacías.

Habrá un día en que las voces,
amigo,
se nos pierdan con todo lo demás.
Y no seremos ya sino recuerdos
con los que juega el tiempo;
rotos y dóciles
como viejos muñecos que los niños
arrastran...

Y en un esfuerzo por tocar el cielo,
hallaremos, más allá de las lágrimas,
un manantial más hondo de silencio.

No fuimos solos. Tuvimos un *contigo*.

Ve mis palabras
cuál se ponen de pie como cipreses
y no saben decirte
cuánto te debe el alma, amigo mío,
y cuánto, cuánto te quise.

Unidos, sí, indiscernibles
como la luz reflejada en un espejo,
para sortear la pena, la distancia,
la amenaza acechante de tantos egoísmos,
sólo esta luz es cierta (¡Cómo luce
en el aire!):

Si hay verdad, y un *nosotros*,
Nadie está solo. Nadie.

.....

El poeta

Perdónenla, pero yo estoy seguro
de que era otra cosa la que debía decir...

Después de tanto tiempo de esperar,
creo que la he olvidado. Y ahora,
casi por terminar el festín,
cuando me han concedido la palabra;
cuando todos los ojos están ante mí
como una terrible sucesión de luminosos
puntos suspensivos, he olvidado
¿saben ustedes? He olvidado ya
lo que tenía que decir.

Porque no resulta, digamos, adecuado
declamarles "El brindis del bohemio",
por aquello de *alzó la copa*
y *dijo así con inspirado acento...*
porque ahora, señores, simplemente,
es que mi estilo ha cambiado.
Se acabaron hace tiempo los sonetos,
las liras, y los lindos periodos
de los endecasílabos bien cortados.

No, no es eso; ciertamente que no es eso
lo que esperaban de mí. Lo repito;
me parece que he olvidado
lo que tenía que decir;
yo he venido a este sitio por algo
que no sé cómo ni cuándo ha sucedido.

Yo canté, es verdad, en un tono diferente.
Pero ¿saben ustedes?
cuando se es muy joven, cuando aún no se han
editado
los versos que en secreto se guardan
como si fueran algo terrible,
algo así como un secreto deshonesto,
abominable,
es precisamente cuando
debía uno cantar, y estoy seguro de que
la crítica alabaría
—como pasó conmigo hace ocho libros—
por todo lo alto, como luego dicen
"la extraordinaria frescura, la belleza
desmañada, el talento
de esta joven promesa literaria..."

Pero algo pasa, algo; y una mala mañana
despierta uno con una cana más,
y una esperanza menos, y se advierte
en las palabras —las hermosas palabras—
un cansancio, una sombra, una lejana
ansiedad, como sonámbula.

Y uno sabe
que hay algo que falló. Que no se dijo.
Y suena el verso
como aire de minuet, tocado no sé cómo
en una *discotheque*.

Llega un momento, un terrible
momento
en que se debe callar. Y la palabra
que se espera, no se escucha.
Me dirán que cómo, entonces, me he atrevido
a tratar de cantar, aquí,
precisamente aquí, ahora que no tengo,
lo confieso,
nada absolutamente que decir...

No, por favor; no sonrían. Adviértanlo:
al menos, yo no tengo ya miedo
a ninguna falsa interpretación.
Y esa, de todos los colores. Desde
"en verdad que su estilo ha cambiado"
hasta "lo que pasa es que no tuvo
jamás ni talento, ni la debida
vocación".

Y no. Que nada de eso pasa; ahora
me explicaré mejor. Lo que pasa
es este pesar de vida; esta desazón
de no saber cómo se ha de hablar
ahora, a los hombres de ahora,
después de este ya largo exilio,
cuando advierto
cómo a mi vuelta me ha cambiado todo,
menos el corazón.

Habrá entonces que aprender
cuál es la hora exacta para hablar
a esa pareja de estudiantes que en el Metro
van prendidos de los labios durante ocho
estaciones; decirles, s , que eso
no es precisamente amor. (Con el problema
de tenerles que explicar entonces
 porque no van a entenderlo 
cómo lo pienso yo).

No. Yo no podrá escaparme,
como Ernesto Cardenal,
a una verd sima isla del Caribe
donde no hubiera ni un anuncio de gas neón
con la silueta de una estrella de cine
anunciando un maravilloso portabustos;
yo no puedo, como tal vez lo har  él, y no quería
disputar los problemas morales
de la contracepción
a parejas que a cualquier cosa llamarían
recta autodeterminación...

Me dirán, ya lo advierto,
que no soy el primero ni será el último
que sienta en lo más vivo este escozor.
Y lo acepto, señores. Es así.

Quizá me equivoqué: deb  estar en París
unos cuantos siglos antes,
cuando ni de chiste
existiera un assimil; cuando
por Montmartre no hubieran inventado

todavía los establecimientos de *strip-tease*,
en donde por un franco
—solamente un franco— cualquier adolescente
puede obtener la alquimia suficiente
para convertir en presentísima
una ocasión remota...

Cuando en todas las estaciones
de un Metro inexistente
no había kilómetros y kilómetros
de espacio subterráneo
para propaganda comercial
con explícitos desnudos anunciando
desde pasta dentífrica hasta las conveniencias
de un inmejorable
complejo habitacional...

Cuando bajo todos los puentes de un Sena
sin canciones de Gilbert Becaud
no había hippies ocupadísimos haciendo el amor;
cuando las juventudes de entonces
estaban más interesadas en las discusiones
filosóficas
que los muchachos de hoy en los desgarros
que en Woodstock han cantado
los Rolling Stones...

Aunque en todo caso, ahora,
sí hubiera podido pensar en tomar por asalto
la televisión
para siquiera gritar a millones de desvelados sabatinos
un "¡El amor existe!" entre programa y programa
de algún *late-late show*.

Sin embargo, señores del jurado,
sé que huelga la comparación;
que todas las cosas eran relativamente,
muy parecidas, ya.
Con alguna diferencia, claro está:
los comensales
de una *soirée* cualquiera
se ocupaban en esclarecer cuestiones exquisitas,
y no pensaban, como hoy, en comentar
la última película en el cine *Gaumont*,
con una panorámica, al principio,
del bonito trasero de Brigitte Bardot
en pantalla ultragrande, a colores y en Cinemascope.

La verdad es que, como ustedes,
yo también me he preguntado
a dónde vamos hoy... Quizá lo sepan otros;
los que vengan después. Los que pagarán
a no sé cuánto, el boleto
en el Museo del Louvre
para ver
la antigualla de una risible
máquina cibernética
que hoy por hoy no equivoca un ápice
un horóscopo químicamente puro;
allá, cuando las licuadoras
sean buscadas en los comercios de viejo
como un decorativo tiliche romántico.

Sin culpa alguna, y además, sin consultarme,
yo he venido a nacer en esta época
de los cohetes espaciales; en esta era

de continua ebullición;
me tocaron estos años azorados
en que estamos empeñados
en viajes por los astros, e ignoramos
el asombro
que nos depara día a día
el conocimiento
de nuestro propio corazón...

Los dejo, amigos, Y agradezco
su muy distinguida y finísima atención,
como decían en los discursos de antes. Me marchó
a mi silencio, y entre lágrimas,
donde nadie me vea,
acaso con la sensación
de estar cometiendo una falta imperdonable,
escribiré un soneto como aquellos
de mi adolescencia, bien medidos,
con acentos de manera impecable repartidos
que digan otra vez aquello de -¿recuerdan?-

"Tú, la sed de mi sed, ¿dónde fulgura
de tus ojos la luz humedecida...?"

Sí. Deberé escribirlo en Arameo. Arameo:
las palabras perdidas.

Así, discúlpenme. Pero he de repetir
que hay algo, alguna cosa que he olvidado.
Alguna cosa
que quizá no interese a nadie,
pero a mí sí.
Y era algo importante. Algo que nadie
sino yo
tenía que decir...

.....

....

Postales
Volver a Venecia

*A ti. Porque a pesar de todo
tampoco estas palabras querrán ser
hijas de la ira.*

.....

1

"He de volver –me dije–;
el tiempo de las lágrimas existe".

Hay que volver a Venecia
cuando el cerco se estrecha;
cuando la envidia, la farsa, la mentira,
celebran junto al agua
su carnaval tiránico.

Cuando se abren
de par en par las puertas de la rabia,
y no nos queda nada utilizable
sino embriaguez, o música,
o sollozos,
este rincón de lágrimas ofrece
sabio refugio al corazón cansado.

Arrecia el vendaval de los recuerdos,
y –de súbito– salta el llanto
que esperaba, paciente, en la penumbra,
que su tiempo llegase.

2

A veces, como ahora, las palabras
carecen de sentido
cuando las enfrentamos contra nosotros mismos.
Sin embargo, Venecia, como mi corazón,
en su silencio vivo, permanece impasible
sobre las tempestades y los mitos;
palabra elemental, sueño definitivo.

Como el pájaro gris, anuncio del otoño,
que se lanza a volar y se extravía
para siempre; como Venecia misma,
el perfil de mi alma se desliza
sobre los argumentos y los ritos.

Sola, segura, bajo su deshilachada carpa
melancólica, fugitiva y perenne, la belleza
continúa aguantándome; advirtiéndome siempre
que es difícil saber cuál de entre todos
será por fin el puerto presentido.

3

Lobo hambriento de mí, presa risible
de los necios acosos del recuerdo,
arrastrado a la absurda mascarada,
me sumo a tus fantasmas ancestrales
acurrucados sobre sus cadenas.

.....

Y en un recinto extraño, polvoriento
de amor, me asalta una certeza:
si no fuera por tus inciertos goces poderosos,
Belleza, ¿hubiera yo podido
continuar viviendo...?

Al borde envejecido de la angustia,
hoy te amo aún más, sueño de vida
condenada a morir como yo mismo;
absurdo paraíso donde los ojos fugitivos
no siempre saben descubrir
los recónditos fantasmas
dignos de ser amados.

Al borde fascinante del olvido
me siento aún más cerca de tu embrujo;
más tuyo en el vacío
que acaso nos comience a recordar
cuando muramos.

4

¡Ah, no escuchar lo que nos gritan
los que no saben soñar! ¿Qué saben ellos?

¿Sería preferible la ignorancia, no más;
entrar, como si nada, a formar parte
del rito clandestino que conocen
tus flores, tus palacios,
tus gárgolas, tus fuentes;
doblegarse al hechizo de este universo extraño,

.....

sólo girando con él, disciplinado,
ya que no está en mis fuerzas
descubrir su secreto?

¿Ser como el cisne,
condenado a trazar signos indescifrables
con su lenguaje mágico
sobre lo oscuro del agua, incansable, solemne,
abandonado al rito,
tratando sin cesar de conjurar apenas
con su inerme, desafiante ceremonia
al dios del tiempo,
sin pararse a pensar
en la inutilidad de su tarea?
Pero no puedo. ¡Ah, esta inexplicable y terca
costumbre de soñar; de ser soñado,
más allá de cualquier razonamiento...!

5

Presiento que el poema es la nostalgia
de la filosofía que se opone al buen sentido.
Nostalgia, sí, de ese retorno
a la unidad primera; a pesar de saber
que no podemos volver a ser los mismos
que salimos aquella vez de Itaca... Quizá el poema
es, sobre todo, deseo; fiero deseo
de adueñarnos por fin de aquel secreto
que bulle entre las manos de la vida
como un pájaro en llamas... Y no sabemos

por qué, ni para qué, ni tan siquiera
si tal pájaro existe...

Pero es preciso
pagar la deuda contraída con el sueño:
sólo aquello que apasiona, sobrevive.

Pero... ¿Quién arrojará al fuego,
para siempre, su colección de máscaras?

(Y mi propio corazón me acecha,
platónico, burlesco,
e impasible...)

6

Solo, frente a las sombras
que intentan suplantarme
para que no tenga por fuerza que ser yo,
sino ése otro de cien alternativas,
aquí, forzosamente solo frente a esta mar
fantasma, me interrogo.

¿Estar muerto, y no escuchar el mar?
(El mar, con sus sábanas blancas...)

¿O no estar muerto, y conjurar al mar,
improvisando dudosas libertades,
espuma imperceptible en las palabras
de aquel a quien el mar ha rechazado...?

O estar muerto, y escuchar el mar.

Morir con profundo desprecio;
enzarzarse en una áspera batalla sin orígenes
contra la inmensidad de los destinos.

O seguir caminando en el desorden
de las volutas grises de las fábricas,
llenos de un humo solitario, cuerdo,
perfectamente atados al presente,
unidos a las calles, a las plazas,
olvidados
del ave milenaria, mágico paraíso
donde la vida oculta dulcemente
su transcurrir sonámbulo.

7

¿Estar definitivamente muerto
y no escuchar el mar? El mar ubicuo...
Y despertar trompetas asustadas,
y enarbolar banderas,
tender sólidos puentes
sobre el sonido de tantas piedras asoleadas,
de lo desconchado de los muros;
de tantas voces...

Abrir gritos junto al mar;
abrir nubes, rejas, redes;
desatrancar compuertas y anegarse,

.....

solos frente al vacío,
en esta inútil lucha interminable.

O estar muerto y escuchar el mar.

Y cerrar los oídos,
y no volver jamás a abrir los ojos,
y volverse de espaldas a la tierra
y sepultarse;
sentirse deslizar sobre los labios
el áspero calor bajo las piedras,
estirando los brazos, y enterrarnos
junto al vano cosquilleo
de la maleza fértil. Y apretando los párpados
esperar a que se apaguen los ojos,
y olvidarnos.

8

O mejor ni estar muerto, ni escuchar el mar.

Y sufrirlo en los rincones del estiércol,
y sopesar este mar en las estancias
de la ira;
y dividir el mar, inabarcable,
sintiendo el resquemor de la esperanza
que quiere despertar y hacerse pájaro,
una gaviota no más;
volar como albo mensajero
sobre el mar,
sobre el frío del mar, arrebatándonos

nuestra frágil defensa conseguida
a fuerza de ser fuertes a la fuerza;
a fuerza de estar muertos escuchando
la mar, esta mar por todos lados
que nos mata, nos huye, nos asalta,
nos contempla -ella, libre-
como sarta de pescados ahogados;
como anclas...

Sí; como gaviota. Porque ella
es algo más que un pájaro embustero
improvisando temas en las olas;
es marchar de prisa contra el viento, acompañado,
amoroso y solemne como un niño.

Es la presencia alada, mensajera
del mar; es el recuerdo
de todas esas cosas que se han ido.

9

¡Tantos años de espera,
sueño que he dejado, Capitán de Navío,
como un náufrago atado a tus ausencias!

Presagio navegante, marinero
acechando banderas y estrellas desgastadas...
Quisiera deshacerme de ti, de la sonrisa
del sueño prometido;
olvidar tus olvidos y tus muertes.

Oigo girar la llave... espero... Nada.
Quisiera deshacerme de ti, pero no puedo.

No es dulce este dolor que me procuras,
ni es dulce esta ilusión que en solitario
me sustenta.

Aunque siempre te espere; aunque derrame,
huracán incontenible, mis palabras
como enloquecidas aves nocturnas;
aunque las vierta con amor en mis oídos
apacibles
vaciándome de mí, desahogándome,
en presurosa furia por logarte;
aunque me sienta, de pronto, indiferente
al tétrico sonido de los cántaros
que me avisan cómo la nada espera al borde
mismo de mi ensueño...

A pesar de todo eso, sueño mío, yo quisiera
retener tus dientes en mis dientes
para hacerme pedazos en tu boca;
entregarme a las caricias de toda tu jauría;
quisiera levantar mi ansia, y acosarla
para el ladrido de tus propios perros,
y rechazar mi muerte para dártela;
para ofrecer mi carne a tus caimanes,
mi sangre a tus serpientes,
mi dolor a tus cuervos.

Y como todo es inútil, y aunque no sea
otra sangre tu sangre que la mía,
asfixiado en el aire de las islas,
como un pez maligno, ¡muere, sueño mío, muere!
Atravesado por las flechas del relámpago,
enredado en las arañas polvorientas,
olvidado de los búhos y la risa,
entregado a las arpías del bostezo
y a la furia del ángel,
¡muere...! ¡Muere, sueño mío, balanceándote
en el oscuro enebro de mi pecho!

¡Muere en las oquedades
de las grutas marinas;
en los ojos insomnes de los gatos,
en las aristas de los campanarios,
y en el brillo letal de las estrellas!

¡Ya no te me muestres más en el suspiro,
ni en la inmortalidad de los relojes,
ni en la fertilidad de los anillos; muere,
muere; y sé fiel
a la tormenta que te ha arrancado lejos,
mientras asciendes los peldaños
del altar que elegiste para el holocausto!

Pero deja que ría, sueño mío, frente a tu muerte:
déjame que celebre con estas necias lágrimas
todo cuanto al morir llevas contigo.

Soñé una vez ir con mi sueño
en busca de un lugar donde la locura honda
pudiera asegurarme la esperanza;
ese otro corazón, Venecia,
donde el murciélago de la prudencia
no encontrara asilo.

He regresado a ti, buscando, herido,
esa otra libertad exhausta.

Mi corazón proyecta madrugadas
con un rigor que huele a desaliento
para mudar los códigos del tiempo
por los asuntos del agua.

Como un ángel espeso, la impaciencia
crece desmesurada;
cómplices coordinadas
adictas al buril de la existencia,
hacen de la inocente alborada
un caso de conciencia.

Acosada por sus vertiginosos espejismos,
amorosa jauría,
la ciudad misteriosa se despliega
como respuesta mágica;
grave vidriera
donde un íntimo sol iluminara
el otoño y los dioses en conflicto.

¿En dónde está, Venecia, tu horizonte?
Lo he buscado
arrastrando mis sueños como alas inútiles
dormidas en los hombros;
lo he palpado en la ausencia
bajo las alambradas de mi pena nocturna,
soportando silencios como espuelas.

Porque no eres
sino sombra que alienta tras la sombra,
he querido mil veces incendiar mis naves,
para perderte apenas, si es que puedo,
en este interminable viaje insatisfecho.

Máquina refundidora de vivencias,
homúnculo cobarde,
quiero esta vez —esta última vez, siquiera—
poder sacar mi corazón al aire.

Tal vez tu aire, racional y frío,
me ayude a dar a luz, a golpes de cinismo,
de entre los trapos sucios del hastío,
mi soledad,
mi astenia,
y mi egoísmo.

"He de volver -pensé-; ir a Venecia
así, muriente".

Volví a la búsqueda
de los sueños perdidos. Pero en esta
ciudad de aparecidos ¿quién habló de olvidar?
Soy como tú, vaivén cautivo;
soy como tú: apenas espejismo
que no quiere rendirse. La fértil ceremonia
de la vida
conserva aún su encanto
para mis lentos ojos amorosos.

He aquí que regreso. Fatigado,
ave de inoportunos pensamientos,
vengo a pagar la deuda contraída
con la desesperanza: soñar. Tener un sueño.

¿... Y si acaba con todo?

¿Y si lo rompe todo?

¿Y si lo pierde todo?

¿Y si lo aplasta todo?

¿Y si lo arrastra todo?

¿Y si lo embiste todo?

¿Y si lo incendia todo?

¿Y si lo arrolla todo?

¿Y si lo olvida todo?

¿Y si lo ensucia todo?

¿Y si lo mata todo?

¿... Y si lo alumbra todo?

Para aprender milagros,
dejé a mi corazón a solas con su espejo.

Nudo de sombras, así, encarcelado
en enmohecidas cúpulas de miedo,
me pongo esta cobriza máscara de vida
y detenido aquí, al borde mismo de lo mágico,
sin preguntar ya nada,
me quedaré en silencio.

Presa de los demonios del recuerdo,
y condenado a vivir en este sueño,
en esta inexplicable y tierna pesadumbre
de vivir; en esta orilla
situada más allá de cualquier parte,
he aquí que vuelvo
a mi propio corazón, ajeno a las palabras
pero dueño ya
de un secreto:
que estoy solo en esta incertidumbre
que habrá de guiar, ya desde ahora,
mi paso por el mundo.

(Ah, esta triste costumbre de poeta
que no sabe rendirse; que no puede
sentirse equivocado...)

Hoy lo entiendo, Venecia:
me estoy volviendo más triste.
Es decir:
más humano.

Galería de retratos

se terminó de imprimir en noviembre de 1996
en los talleres de Editorial Conexión Gráfica, S.A. de C.V.

Libertad 1471, C.P. 44100,

Guadalajara, Jalisco, México.

La edición consta de 500 ejemplares.

Cuidado de edición: Hilda Elena Hernández.

Tipografía y formación: Hattie Ortega.

Diseño: Jabaz.

Edición a cargo de la Oficina

de Extensión Universitaria del ITESO.

Teléfono: (91-3) 669-3480. Fax: (91-3) 669-3481.

Tlaquepaque, Jalisco, México.

